



# Poeta sonámbulo más no impune

Alejandro García Gómez  
Escritor y profesor

“Escribir un libro de poemas es tan contradictorio como nuestra propia naturaleza: la escritura quita mordazas, alivia, libera, pero también nos siembra de terrores ante la incertidumbre de haber malogrado las palabras”, dice el poeta Everardo Rendón en el "Prólogo" a su segundo libro *Memorias de la sangre*. Más adelante agrega: “Publicarlo (es) más complicado todavía, puesto que toda creación del hombre está expuesta al abrazo solidario o al desencuentro impune”. El poeta Eduardo Lizalde (México, 1929), con quien en cierta manera coincide Rendón, señala: “Todo poema es su propio borrador. El poema es sólo un gesto, un gesto que revela lo que no alcanza a expresar. Los poemas de perfectísima factura, los más grandes, son exclusivamente un manotazo afortunado. Todo poema es infinito. Todo poema es el génesis. Todo poema nuevo memoriza el futuro. Todo poema está empezando”.

Everardo, aunque el destino y su madre le jugaron la broma de hacerlo nacer en Fredonia, habla con orgullo y posesión de su Támesis “con olor a naranjos”, ambas poblaciones cafeteras del suroeste antioqueño. Es de las nuevas promocio-

nes de hombres y mujeres que se fueron tiñendo de escritores y poetas al abrigo o a la sombra de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín y bajo la tutela de Manuel Mejía Vallejo. De ellos, algunos han continuado con su trasegar (unos en silencio, otros no tanto) por los caminos de la literatura y otros se disolvieron definitivamente en los campos empresariales, de los negocios o del olvido. De los primeros es el poeta Rendón.

*La ciudad sonámbula* fue su primer libro y lo publicó la Biblioteca Piloto en 1987 como actividad creativa de su taller de escritores, cuando cierto desahogo económico, manejado con la eficiencia y pulcritud franciscanas de Gloria Inés Palomino, su directora, permitía estos lujos a la institución. Para quienes, en su momento, conocimos *La ciudad sonámbula*, el poeta Everardo Rendón no pasó impune. Si bien es cierto que puede contener los errores propios de todo novel poeta, y que cada lector los buscará, tiene la gravidez de un libro maduro: “... Murmullos sordos filtran las paredes/ flores de agua crecen/ en los ojos de la soledad/ ...frías manos de olvido acarician/ el cuerpo de las mujeres/ en cuyos muslos se desnuda/ una orquídea que abre su polen/ noche a noche/ por las aguas viscosas donde se hunden/ los ausentes” (*Otras ausencias*).

Por eso hicimos una fiesta cuando una tarde de miércoles de este año, desde su sempiterno e incoloro bolso de cuero, fue sacando, como un encantador, *La ciudad...* en su segunda edición, y con su mano de amistad nos lo puso en las nuestras. Entre sus nacientes arrugas y sus incipientes canas de poeta, mece sin saberlo su corazón de niño, y él, equivocado, nos jura que muy lejana

está su infancia: “No cabían en el cuarto los fantasmas/ brujas y diablos volaban/ por mis sueños asombrados./ La noche era un febril abracadabra/ de sollozos y gritos/ ...Yo te gritaba entre lo oscuro: ¡no me dejes!/ ...no podían con tu fuerza los espantos./ Ibas y venías gran señor/ aliviando llantos, desbaratando sombras,/ limpiando madrugadas con tu canto/ encontrabas el día/ la primera fiesta de pájaros./ Tu voz se oía, tu voz mandaba,/ se regaba libre de temores tu risa./ Ah, mi viejo amigo:/ ahora que el tiempo arrugó cometas/ y no me alcanzan dedos para nombrar ausencias/ ya sé de tus gestos amargos;/ esos ojos –pregunta– bajo un cielo de nubes/ ya sé por qué me veías crecer en el patio/ era tu silencio tan cansado” (*El Padre*).

Al igual que miles, quizá millones de colombianos, el poeta Everardo Rendón también hace parte de ese río de niños, de ancianos y de adultos que, en la década del cincuenta y luego en los gobiernos del Frente Nacional, comenzaron a ocupar y poblar todos los recovecos y las esquinas de las ciudades colombianas, y como ni esos recovecos ni esas esquinas ni esas calles juntas pudieron contenerlos, convirtieron las lomas y faldas y valles adyacentes a las ciudades en cordones habitables, preludio de algunos de los monstruos urbanos actuales. En su poesía, la ciudad es objeto y también símbolo: las neblinosas y bucólicas calles de su pueblo desaparecen de sus ojos y éstos ruedan su asombro, su miedo y sus sustos sobre las de la metrópoli que lo traga, entre su deseo y su tragedia; pero la ciudad es también él mismo, es su antiguo-nuevo yo, su yo renovado, es otra de las calles de su alma.

Esta dicotomía es un encuentro que se presenta en la actual poesía colombiana obviamente como otra necesidad cultural, pero quizá también como influencia del lejano modernismo baudeleriano y que ha empatado con nuestro posmodernismo. Por eso Everardo dirá un tiempo después, en su posterior *Memorias de la sangre* (1989): “Ciudad mía/ donde se borran y renacen los rostros/ hermanos de todos los seres que me habitan,/ lugar al estreno de caros fantasmas/ por la callejuela de mi esquina...” (*Ciudad mía*).

Y *La ciudad sonámbula*, título del texto que da nombre al libro, es la ciudad de los seres subterráneos de la noche, que por allá en la década de los ochenta –apogeo del narcotráfico en Medellín– asombraron los temerosos y descubridores ojos del poeta. En este caso también él encuentra a esos seres por fuera de sí, como objetos externos a él, pero también se siente en cada uno de ellos; de nuevo la dicotomía. Está escrito en tres partes, al igual que en tres partes divide su noche de temerosa bohemia: naciente-noche, noche-profunda y madrugada, alborada o nuevo día. Seres y sensaciones a veces similares, a veces diferentes, y él, el poeta, como impotente notario de ese mundo y de sí mismo: “1- La ciudad subterránea tiembla sueños/... como una vieja bestia/ engullendo tulipanes y vendimias/... ¿A quién pregunto por las manos/ que escribieron el poema?. / 2- Un viento de oscuros orígenes/ reparte a manos llenas el miedo común/... sedientos carniceros no se cansan/ de destripar amapolas... 3- La ciudad despierta/ La mañana amotina rumores en las esquinas:/ Dicen que fueron muchos/ los que amanecieron sin rostro en la cuneta”.

Y entre chiste y chiste de René y entre vaso y vaso de cerveza, le exigimos leer por enésima vez, el que para nosotros siempre será el poema más grande de ese libro: “Usted tenía las manos de ternura y tiza/ Señorita Gilama/ Qué lección tan preciosa escondía/ bajo su falda pulcra:/ Usted tenía los ojos grandes/ como los soles que pintaba en el tablero./ Qué habrá sido de sus primitivos sustos/ y de esos labios tejiendo/ los rosados sonidos de mi-ma-má-me-mi-ma./ ¿Qué calle agrietará su sueño/ y su rostro fresco a las ocho de la mañana?/ ¿Dónde estarán esos dedos malabaristas de alfabetos?/ ¿Dónde el aroma de su cuerpo que sigue impregnando/ mis pupitres cotidianos?/ Señorita Gilma boca de vocales/ Usted escribió en mi cartilla/ la primera E de escalofrío/ Usted se llevó mis ojos rodando/ tras de sus muslos morenos/ Usted embriagó mi sangre/ con la primera A de asombro/ y enredó en su pelo mi primera cometa/ Señorita Gilma boca de vocales” (*La maestra de escuela*).

Terminamos la fiesta con vivas al poeta que publicó este año la segunda edición de *La ciudad sonámbula*. Más tarde, algunos vecinos con sus